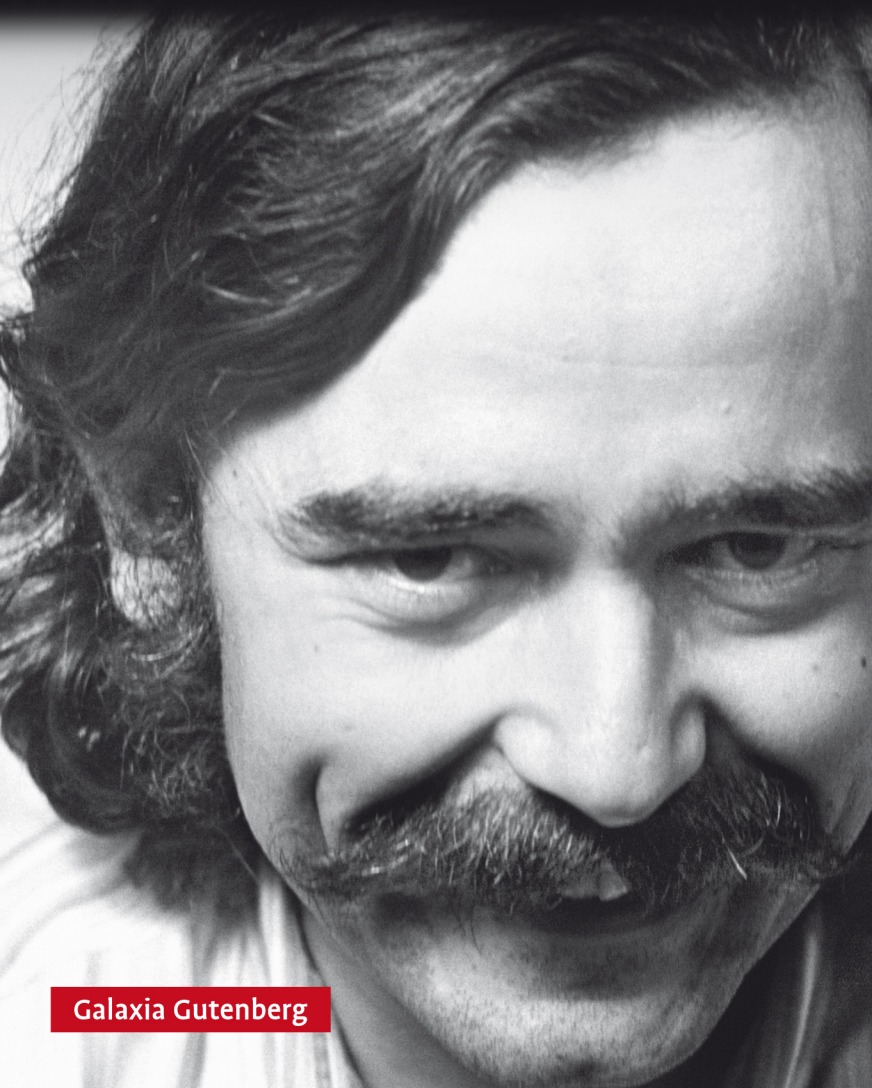


Eugenio Trías
La funesta manía
de pensar



Galaxia Gutenberg

EUGENIO TRÍAS

La funesta manía
de pensar

Edición al cuidado de Francesc Arroyo

Galaxia Gutenberg

También disponible en eBook

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: febrero 2018

© Herederos de Eugenio Trías, 2018
© de la selección y el prólogo, Francesc Arroyo, 2018
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2018

Preimpresión: gama, s.l.
Impresión y encuadernación:
Depósito legal: B. 118-2018
ISBN: 978-84-17088-84-2
ISBN (obra completa): 978-84-17088-97-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra
(www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Índice

<i>Prólogo. El pensador</i>	11
---------------------------------------	----

PENSAR EN COMPAÑÍA

Arte: la forma lógico-sensible del mundo	25
Sobre la muerte del arte	27
Elogio y nostalgia de los años sesenta	31
Previsiones creadoras en el milenio incipiente	37
Lo intempestivo: la obra de arte y la cultura	42
Cine: imagen y sonido en movimiento	51
Atrapa a un ladrón	53
Demonio con rostro humano	56
El faro del fin del mundo	63
Tiempo de cine	67
Metrópolis	72
Asalto al sanctasanctórum de la cultura de masas	77
Odisea espacial	82
Música de cine	87
Música: nodriza del logos	93
Fantasia musical de una noche de verano	95
El canto de las sirenas	101
La música piensa	105
Minorías globales	112
Música de hoy	117
Escenificación musical del infinito	121
Filosofía: signos de interrogación	125
Ética y estética	127

Una ética de la libertad revolucionaria	131
Lo que queda de Sartre	134
Freud: 150 años de un clásico controvertido	140
Tiempo, evolución y azar: memoria de Darwin . .	144
Lévi-Strauss y la fascinación del incesto	148
Schumann, Mozart, Tarkovski: soñar que se sueña	153

DESDE EL LÍMITE

Religión: la cita del hombre con lo sagrado	157
La religión y la edad del espíritu	159
Preludio de Navidad	164
De dioses y de crisis	171
Política: el uso práctico de la razón	177
Derecha española y cultura	179
Las dudas del coloso	185
Avergonzarse de los clásicos	189
La catarsis necesaria	193
España: una novela	199
Ensayo catalán en Guadalajara	202
Defensa de las nacionalidades históricas	209
Anarquía y reinos de taifas	217
Seguridad e integrista religioso	223
Choque de civilizaciones	230
El espíritu de las leyes	236
Donde arrecia el peligro	243
Rapsodia española	248
Iberia	253
Regresión	258
Comedia triste	263
Asombro y vértigo: pasión filosófica	269
Vida e inteligencia	271
¿Qué se hizo de la Modernidad?	276
La filosofía entendida como una de las bellas artes	281

Elogio de la contemplación	284
Hacia el espíritu	287
Lectura en tiempo de guerra	290
Paciencia de la libertad y paradoja de la seguridad	296
La política y su sombra	299
Música y filosofía	306
¿Ha muerto la filosofía alemana?	311
El reloj del juicio final	315
El robo del cadáver	321
Sol de invierno (sobre el espacio y el tiempo)	328
El gran viaje	333
Postscriptum	341
Relación de artículos	343

PRÓLOGO

El pensador

Eugenio Trías (Barcelona, 1942-2013) fue un espíritu libre. Hizo lo que quiso, cuando quiso y como quiso. La libertad era para él un anhelo y un estado. Tuvo, además, la suerte de pertenecer a una familia acomodada –lo que le permitió elegir–, y la de vivir en unos tiempos en los que la libertad era una divisa. Es cierto que soportó la dictadura franquista en lo que tenía de modorra cultural o acultural, pero supo enfrentarse a ella cuando convino y, sobre todo, supo burlarla, como muestra con orgullo en las páginas de *El árbol de la vida*, donde recorre sus primeros treinta y tres años. En esa obra se define a sí mismo como «una hoja caída de las más sofisticadas estirpes de la burguesía patricia barcelonesa», lo que no le impedía sentirse también «un desclasado en relación a mis orígenes».¹ De modo que asumió la herencia familiar e histórica, a la vez que marcaba las distancias del rebelde que fue, sin llegar a ser nunca un revolucionario.

Como otros filósofos que admiraba, fue un hombre de su tiempo.

Hay una inexacta versión de la vida de Kant que lo describe casi como un anacoreta. Un hombre dedicado exclusivamente a la reflexión y la escritura filosóficas. La anécdota que se acostumbra a utilizar para resaltar ese ensimismamiento es la del filósofo paseando por Königsberg tan puntualmente que las comadres aprovechaban su paso para verificar la precisión de sus relojes.

1. *El árbol de la vida. Memorias*, Barcelona, Destino, 2003, p. 438.

Hay parte de cierto en ello, pero también hay mucho de incierto. Los últimos estudios sobre su vida nos hablan de un Kant aficionado a jugar a las cartas y que, en alguna ocasión, tuvo dificultades de tipo ético para reconocer la calle donde vivía. Pero lo importante es que Kant no vivió en una torre de marfil sino que fue un filósofo vinculado a su época. Como Platón, por quien Trías sentía una admiración especial. Si este se aventuró hasta tres veces (todas acabaron mal para él y para los demás) a surcar los mares en un intento de hacer realidad su idea de república, el pensador alemán se entregó con vehemencia a las noticias que le llegaban de París, convencido de que la Revolución francesa era, de hecho, su filosofía en la práctica. Es decir, ambos fueron hombres comprometidos, convencidos de que su tarea de comprensión de las cosas no podía quedar al margen de la intervención directa sobre la realidad.

También Eugenio Trías estaba convencido de que no podía vivir al margen de sus conciudadanos, de sus culpas, esperanzas y temores porque eran también los suyos.

Buena parte de las preocupaciones relacionadas con la convivencia las vehiculó a través de artículos publicados en diversos medios de comunicación, sobre todo en diarios y revistas. Y fue así desde el principio de su actividad filosófica. Nunca rehuyó la intervención pública ni el debate político.

Sus primeras colaboraciones se produjeron en la revista *Destino* en la segunda mitad de la década de los sesenta. Aunque en sus orígenes vinculada al bando vencedor en la guerra incivil, la publicación se había ido escorando hacia posturas críticas, lo que le costó algún cierre por parte de la dictadura. A finales de los sesenta era una revista de carácter progresista, en el sentido de abierta a todas las corrientes vivas del momento. Un papel que luego sería asumido más claramente por *Triunfo*, donde también colaboró Trías. Y ambas publicaciones se hicieron eco de sus primeras obras, dejando

constancia de que tras ellas había una mente poderosa.

En su primer artículo en *Destino*,¹ dedicado a la traducción al castellano de la *Historia de la locura*, de Michel Foucault, aprovechaba Trías para señalar las influencias que reconocía: «Sade, Nietzsche, Artaud», de quienes afirmaba que «tienen la palabra crítica que señala la precariedad, el grado cero de nuestras normas y convenciones».

Hubo otras influencias, claro. Hegel, por ejemplo. Y ahí está su tesis doctoral (*El lenguaje del perdón. Un ensayo sobre Hegel*) para demostrarlo. Y por si quedaran dudas, he ahí una definición que él mismo dio de Hegel y que podría aplicarse sin dificultad al propio Trías: «Era un liberal conservador que admiraba la magnífica síntesis inglesa de aristocracia de la inteligencia y democracia popular. Era monárquico constitucional. Adivinó de forma premonitoria la superioridad de esa síntesis liberal-democrática –con forma monárquica– sobre la forma republicana». Y, por si quedaran dudas de que Trías escribía sobre el autor de la *Fenomenología del espíritu* y sobre sí mismo, añadió: «Muchos asumimos con cordura esa misma posición política».²

Más cerca, resalta el peso de Ortega y Gasset y, en menor grado, el de Xabier Zubiri. También influyeron en él otros pensadores sin una obra de esas dimensiones. Es el caso de Josep Calsamiglia y Jordi Maragall. Entre sus contemporáneos y coetáneos, hay influencias claras, por vías diferentes, de Xavier Rubert de Ventós y Jordi Llovet, con quienes fundó el Colegio de Filosofía de Barcelona. Pero en el momento en que escribió el texto para *Destino*, algunas de estas influencias aún no se daban.

1. «El loco tiene la palabra», *Destino*, 14 de diciembre de 1968.

2. «Lo intempestivo: la obra de arte y la cultura», publicado con el título de «Cultura de la obra del arte», *ABC Cultural*, 6 de junio de 2011.

Permaneció ajeno, en cambio, al influjo de las dos figuras más descollantes de la Barcelona de aquellos años en materia filosófica: Manuel Sacristán y Emilio Lledó. Del mismo modo, otros pensadores que tenían cierto influjo en el resto de España pesan poco en la obra de Trías, con la clara excepción de Fernando Savater. Es el caso de Javier Muguerza y de Gustavo Bueno, quien sí prestó atención a Eugenio Trías en una crítica que pretendía ser ácida de *Meditación sobre el poder* aparecida en el primer número de *El Basilisco*.¹ Trías, que era muy capaz de elegir sus propios rivales, lo ignoró.

Pocas semanas después de aquel primer texto suyo en *Destino* era la propia obra de Trías la que merecía la atención de otros autores: Ana María Moix² y Josep María Carandell,³ quien vinculaba al filósofo a una generación que irrumpía en la vida cultural con voluntad innovadora, tanto en el ámbito del pensamiento como en la novela o incluso en el arte y el diseño. Y ya hablando del propio Trías afirmaba: «Parece decir: adelante, no hay que tener miedo a lo que venga».

Trías no tenía miedo al futuro. Al contrario, se aventuraba en él con dudas pero también con voluntad de faro. Se hacía presente en conferencias, congresos filosóficos (sobre todo en los Congresos de Filósofos Jóvenes) y también en el mundo de la cultura sin más, es decir, el de los libros. Y parecía tener éxito, según contara en *Triunfo* Fernando Savater, otro filósofo con el que compartía afinidades: «Fenómeno publicitario, sacerdote de un culto prohibido o teórico de posturas “estético-voluntaristas-pseudorevolucionarias-diminutobur-

1. Gustavo Bueno, «Sobre el poder (en torno a un libro de Eugenio Trías)», *El Basilisco*, número 1, 1978.

2. Ana María Moix, «Eugenio Trías: El loco tiene la palabra», *Destino*, 3 de octubre de 1970. Es la reseña de *Filosofía y carnaval*.

3. Josep María Carandell: «La filosofía de una nueva generación», *Destino*, 19 de junio de 1969.

guesas”, la presencia no sea más que editorial, de Eugenio Trías en el yermo de las ánimas de la filosofía es indudable». Savater elogiaba sin reparos la figura del pensador al que veía «más cerca del pirata que del filósofo, como debe ser», y concluía que Trías estaba cumpliendo con las obligaciones de los filósofos: «la primera obligación (hay varias a cual más graciosa) es ser incómodos. Seriedad, divino tesoro... ¡vete a hacer puñetas!». ¹

Filósofo pues, innovador y provocador. Como el propio Savater. Tiempo después Eugenio Trías no tendrá dudas sobre qué rasgos caracterizan a la filosofía: «Una filosofía se acredita si es capaz de elaborar una propuesta que requiere tres características necesarias. (1) Promover un desplazamiento innovador en relación a la historia de los hábitos de pensamiento. Y (2) alcanzar una ambición suficiente como para que esa propuesta afecte y altere el conjunto de lo que puede ser pensado. (3) Toda filosofía verdadera, en tercer lugar, debe ser también una respuesta posible a la contemporaneidad». ²

Siguió Trías con sus colaboraciones en prensa, sobre todo en las páginas culturales del vespertino barcelonés *Tele-Express*, que en los primeros años setenta se había convertido en el diario de referencia del progresismo catalán, mal que bien asociado a lo que dio en llamarse la *gauche divine*, una izquierda compuesta a partes iguales por revolucionarios de salón y gente que había asumido que oponerse a la dictadura no tiene por qué ir inevitablemente asociado a vivir de forma conventual. Hay un cuento de Juan Marsé que lo describe a las mil maravillas: «El Pijoaparte y la *gauche divine*».

1. Fernando Savater, «Eugenio Trías: Escritura, diferencia, dispersión», *Triunfo*, 25 de julio de 1979. Se trata de una reseña con motivo del libro de Trías *La dispersión*.

2. «Lo que queda de Sartre», *El Mundo*, 16 de junio de 2005.

Fueron aquellos los años de sus primeras obras que eran a la vez lúdicas (adjetivo que en el inicio no le gustó), desenfadadas, sin renunciar por ello al rigor. El mismo rigor que mostraba en sus clases universitarias o en las charlas que mantenía en bares o en su casa con algunos alumnos seleccionados. Él mismo ha definido alguno de estos primeros volúmenes como «literatura de combate». En sus memorias señala: «Me había convertido en una auténtica “bestia negra” de ese antiguo progresismo algo necio y escasamente cultivado. Se me tachaba de filósofo burgués o pequeñoburgués. Hasta que al final se dio con el rótulo adecuado: yo practicaba una “filosofía lúdica”». Y añadía: «Eso de “lo lúdico” hizo fortuna. El diccionario de Filosofía de Ferrater Mora, en un arranque de inventiva, tiene el buen gusto de incluirme en la nómina de los filósofos, pero a mi nombre añade sólo tres referencias: “Véase Dispersión, Ideología y Lúdico”. Espero que se halle el filósofo catalán en la eterna gloria. Por lo que sé, las sucesivas ediciones de esta obra no han revisado una caracterización tan sutil e inteligente. Quizás para los herederos de esa obra padecí muerte filosófica o civil en 1971».¹ Para hacer justicia al diccionario, en la edición de 1994, si bien la entrada de su nombre permanece invariable, puede leerse en la voz *lúdico*: «Junto con Derrida y Gilles Deleuze se han [sic] considerado a veces como pensadores de tendencia “lúdica” Fernando Savater, Agustín García Calvo y a veces a Eugenio Trías».

Lúdico o no, así explica su trayectoria el propio Trías, «Comprendí que la única fuente auténtica de la filosofía [...] sólo podría hallarla en el manantial, entonces inagotable, de mi propia vida. O que entre filosofía y vida debía haber siempre una conexión estrechísima, o un anudamiento interno muy firme. O que no

1. *El árbol de la vida*, op. cit., pp. 332 y 333.

podía ir la vida por un lado y la reflexión filosófica por el otro».¹

En consecuencia, Trías escribe, desde el primer momento, textos con voluntad de intervención académica con la misma pasión y entrega que los textos periodísticos, que pretenden la intervención en el conjunto de la sociedad. Ambos son indisociables, de modo que algunos de los escritos nacidos para la prensa acabarán en volúmenes de perspectiva académica. Que su visión de la academia no coincidiera con la de no pocos académicos es harina de otro costal cuya responsabilidad debe buscarse, en parte, en el academicismo rancio que dominaba por entonces en no pocas cátedras y no es seguro que no siga instalado en algunas.

Para él, «las grandes experiencias enumeradas, la estética, la religiosa, la ética, o la filosófica en sentido estricto, poseen idéntica relevancia. Los “barrios” de la ciudad filosófica son, todos ellos, igualmente importantes. Ninguno gobierna sobre los demás. No hay estadios jerárquicos entre ellos (como los que estableció Kierkegaard). Ni la reflexión sobre la verdad se subordina a la filosofía de la praxis; ni tampoco, a la inversa, puede decirse que esta se sitúa a años luz de la vida teórica y contemplativa, como pensaban los griegos».²

Del cuidado que Eugenio Trías ponía en sus colaboraciones en prensa da cuenta él mismo cuando recuerda una selección, previa a la que sigue a estas páginas: «En mi libro *Pensar en público* he recogido en forma de antología lo mejor de esas colaboraciones de muchos años. Algunos de estos artículos constituyen páginas equiparables a los mejores pasajes de mis libros».³

Los textos que aquí se recogen fueron publicados entre

1. *El árbol de la vida*, íbid., pp. 378 y 379.

2. «Elogio de la contemplación», *El Mundo*, 1 de mayo de 2002.

3. *El árbol de la vida*, op. cit., p. 413.

los años 2001 y su muerte, ocurrida en febrero de 2013, todos ellos en las páginas de *El Mundo* y *ABC*.

A efectos taxonómicos, Trías tiene dos tipos de escritos: los que toman como punto de partida el discurso de otros y aquellos en los que se aventura directamente sobre lo que quiere hablar. Luego, como ocurre tantas veces, unos textos y otros tienen mucho en común, de modo que en los primeros, claro está, habla de todo lo que quiere y en los segundos no desdeña utilizar las aportaciones de otros discursos.

Los discursos de otros que le mueven a escribir son, en líneas generales, libros, películas, música y obras de arte (si es que se puede hacer esta separación, porque resulta obvio que algunas piezas musicales, novelas, ensayos o films son claramente también obras de arte). El segundo bloque son los textos dedicados a la política, la religión y la filosofía. Bien entendido: para Trías la filosofía es siempre un discurso global, no hay fronteras que puedan detener la reflexión. A lo sumo, el límite que se trata de asir para aprehender con él al mundo que habita el sujeto. Pero arte y política, cine y música son diversos aspectos de la expresión filosófica, es decir, de la razón. De modo que puede empezar un texto hablando de Haydn para llegar a Obama y la idea de imperio que rige la historia presente o partir de una película para abismarse en la soledad del hombre ante la muerte.

Y por encima de todo, la música: «Para mí la música es mucho más que arte; o es arte sagrado, como dice el compositor Flamant en la inmensa ópera testamentaria *Capriccio* de Richard Strauss. La música es mi *materia revelada*. La compañía de compositores ha sido para mí el mejor camino para vivir una suerte de *poética de la conversión*, en registro filosófico y religioso, y sobre todo en vena existencial y vital, en línea semejante a la vivida en su día por gloriosos antepasados respecto a los cuales soy el más modesto y tardío de los seguidores: Pablo de Tarso, Agustín de Hipona, Dante Alighieri,

Francisco de Asís, Juan Sebastián Bach, Anton Bruckner, Gustav Mahler, Arnold Schönberg».¹

Para Trías, el discurso no se agota en el lenguaje que emplea la doble articulación; se da también en el cine y muy claramente en la música. Así lo explica: «Se trata de reconocer pensamiento en la música, y por lo mismo –también– música en el pensamiento. Sostengo que el pensamiento tiene en la música una forma de exponerse. O que no queda confinado en exclusiva, como tantas veces se afirma, al dominio del lenguaje verbal, o a la palabra».²

No es algo universalmente aceptado, reconoce Trías, «salvo excepciones, siempre marginales, la gran filosofía del siglo xx se ha construido sin el concurso de la música»,³ escribe reproduciendo una idea que resulta recurrente en su obra. Hasta tal punto la música inspira sus reflexiones una y otra vez que cuando tiene que definir políticamente qué es España recurre a la música: «España es un relato y es una melodía». Más aún, en Bach encuentra él la sexta vía para la existencia de un ser supremo: «La sexta prueba, quizás la más convincente, sería la que *El silencio antes de Bach* presiente. La existencia de Johann Sebastian Bach parece postular una causa ausente. Se trata de una prueba meta-estética. O de un argumento ontológico invertido: porque *existe* Johann Sebastian Bach se impone el postulado que permite *pensar* en su causa metonímica eficiente (un Dios artista). Lo que demuestra la existencia de Dios –y que ese Dios no es un Dios de cuarta categoría– es justamente la pura y simple existencia del Maestro Cantor de Leipzig. Dios no es sólo gran artesano, como creyó Platón. ¡Es artesano y gran artista!».⁴

1. «Preludio de Navidad», *El Mundo*, 19 de diciembre de 2006.

2. «La música piensa», *El Mundo*, 27 de diciembre de 2007.

3. «El canto de las sirenas», *El Mundo*, 10 de agosto de 2005.

4. «Minorías globales», *El Mundo*, 2 de abril de 2008.

Y frente a Dios, el hombre, «faro de la significación, faro que ilumina nuestra existencia finita, con sus sufrimientos y goces, con sus limitaciones y expansiones, con su capacidad de aventura y de estremecimiento ante el misterio», dispuesto a imitarlo como artista, porque «la Obra de Arte es una aspiración de nuestra condición humana», escribe, para rematar: «La Obra de Arte tiene mucho, muchísimo que ver con las Ideas». Y no olvida dar su propio inventario, a modo de canon, donde como siempre se entremezclan formas diversas de discurso: «Obras de Arte. Enumeraré algunas indiscutibles: la arquitectura mogol de India; las catedrales de Reims y de Chartres; las obras de Brunelleschi, Bramante, Palladio, Miguel Ángel; las grandes construcciones de la modernidad, Le Corbusier, Mies van der Rohe, Frank Lloyd Wright, Antoni Gaudí, Alvar Aalto. La música de Bach, Beethoven, Wagner; también la de Morton Feldman, Messiaen, Xenakis, Ligeti, Scelsi, Grisey. También los Beatles, o los Rolling Stone. Y desde luego la pintura del Giotto, de Rembrandt, de Velázquez, de Goya, de Turner; también de Matisse o de Rothko. Pero también Andy Warhol. O la escultura de Chillida y Oteiza, Rodin o Giacometti. O la poesía de Baudelaire, Rilke, Hölderlin y T. S. Eliot. O la épica viajera de Homero, Virgilio y Dante Alighieri. O el *Quijote* de Cervantes, *Guerra y paz* de Tolstói, los *Karamazov* de Dostoyevski, el *Ulises* de Joyce, *Mientras agonizo* de Faulkner. O el teatro de Esquilo, de Calderón, de Shakespeare, de Ibsen, de Strindberg, de Pirandello, de Chéjov, de Tennessee Williams. O el cine de Griffith, de Eisenstein, de Murnau, de Fritz Lang, de Orson Welles, de Hitchcock, de Coppola, de David Lynch, de Tarkovski, de Stanley Kubrick. También algunas (pocas) grandes series televisivas».¹

Trías murió entreviendo la deriva secesionista que se avecinaba en Cataluña y a la que siempre se opuso, ad-

1. «Lo intempestivo: la obra de arte y la cultura», op. cit.

virtiendo que las concesiones al nacionalismo no eran una vía que llevara a ninguna parte: «Desde fuera de Cataluña se pregunta a veces si este acoso nacionalista puede tener frontera y límite. Debe responderse siempre lo mismo: No. El objetivo que se busca es la escenificación de una independencia *de hecho*». ¹ Trías era un analista dotado de finura. Se puede coincidir o discrepar con su visión territorial, pero respondía a horas de meditación y estudio, de reflexión y diálogo con otras posiciones. «Se ignora que no existe una única España sino muchas Españas, y no me refiero a la distribución territorial, sino a la idea que de España puede tenerse; hay la España unitaria recalcitrante, la que nutrió los discursos de la restauración (y desde luego de las dos dictaduras del siglo xx); existe también la España compleja y plural que desde una derecha bastante dura representó, con gran sensibilidad con el nacionalismo catalán, Antonio Maura; existe la España confederal, o mejor la Iberia que imaginó en conjunción de naciones Prat de la Riba, y existe la España Federal que, desde Pi i Margall a Almirall, y de este hasta el partido al que pertenece Pasqual Maragall, tiene también su plena legitimidad como idea susceptible de ser realizada». ² De todas ellas, la que más le atrae es la federal, donde las diversidades no sepultan la igualdad de derechos.

Así lo confiesa: «Pertenezco a una generación que soñó con un estimulante y sugestivo proyecto de vida en común: la consolidación de una democracia en un país asolado por caciquismos, santuarios locales y atrasos seculares. Y que cerró la más cruel de las guerras con una dictadura de cuatro décadas. Se orilló el analfabetismo, logró invertirse la proporción entre campo y ciudad. En los años setenta se inició un cambio histórico económico y social que culminó en una democracia, a

1. «El espíritu de las leyes», *El Mundo*, 15 de noviembre de 2005.

2. «La catarsis necesaria», *El Mundo*, 15 de diciembre de 2003.

través de una Monarquía Constitucional presidiendo el Estado de las Autonomías. La inviabilidad de los excesos de estas no significa necesariamente su supresión. La unión hace la fuerza. La unión nos permitirá convivir con otros Estados-nación en un proyecto europeo como máxima prioridad».¹

Creía Trías que el verdadero dique contra la disgregación era la mejora económica habida en las últimas décadas, paralela a la modernización y a la integración europea. Y, sobre todo, la moderación que él asocia al centro político. De ahí su virulencia contra un Partido Popular que, tras unos primeros acercamientos al centro, acaba por abrazar la derecha sin complejo: «Se impone recuperar el centro. Sí, digo el centro, el centro político, ese denostado y ridiculizado centro del que los extremistas no quieren saber nada, o que les provoca aversión e inquina».² Quizás por eso apoyó decididamente la creación de Ciudadanos, partido en el que (con razón o sin ella) creyó ver una derecha centrada tanto en lo económico como en lo territorial.

Y la idea de alejarse del exceso no servía sólo para España, también para el resto del mundo. Trías se aventuró con pasión en la política internacional expresando en alguna ocasión su lamento de no poder votar en las elecciones de un gobierno que tenía que ejercer como imperio aunque una y otra vez se alejara de ello. Vio con tristeza el triunfo de los Bush, padre e hijo, y se alegró de la victoria de Obama. La muerte le ahorró el espectáculo de Donald Trump.

Sus análisis de política internacional estaban embebidos de filosofía política. Sobre todo tras el 11-S, Trías criticó con severidad la supeditación a la idea de seguridad. «Lo grave de la idea de Seguridad convertida en oriente de toda acción gubernamental consiste en que po-

1. «Regresión», *ABC*, 2 de diciembre de 2012.

2. «Preludio de Navidad», *op. cit.*

see el poder suficiente para contaminar todas las demás ideas, Justicia, Felicidad y Libertad, hasta subordinarlas de modo drástico a sus apremios. Todo debe ser sacrificado en favor de la Seguridad. De este modo se produce en el organismo político y social una propagación cancerígena, una verdadera metástasis, que acaba arruinando todos los demás valores éticos y políticos.»¹ El miedo, como vio Hobbes, termina imponiéndose sobre la esperanza. Pero no puede ser así. No debe ser así, tomando este «debe» en el sentido moral fuerte. Porque si algo no fue nunca Eugenio Trías, ni siquiera en los tiempos en los que pudiera ser tildado de lúdico, fue un posmoderno, una tendencia que calificó en algún momento como «desertizante». La tibieza del pensamiento débil lo indignaba. Así lo expresaba: «Más allá de ilustraciones y de posmodernidades subsiste siempre el gran tema pendiente del conocimiento verdadero».² La filosofía no es, en modo alguno, una reflexión de segundo orden, como pudiera pensar la filosofía de lo que se quiera poner como determinativo. Al contrario: «La filosofía puede y debe armarse de rigor conceptual, y hacer una propuesta constructiva, emulando así a las artes que componen edificios en el espacio (arquitectura) o en el tiempo (música). Pero su pretensión, con ello, es alcanzar una forma de creación que exponga el ansia y anhelo relativo a la Belleza (y a sus sombras). Sólo si logra esa forma artística, como se consiguió en los diálogos platónicos, o en los grandes textos poéticos y aforísticos de Nietzsche, consigue también alentar una posible propuesta en relación a la verdad».³

Y esa dimensión global enlaza, como se exigió desde muy joven, con la vida y, al final de ella, con la visión de

1. «Paciencia de la libertad y paradoja de la seguridad», *El Mundo*, 27 de marzo de 2003.

2. «Elogio de la contemplación», op. cit.

3. «La filosofía entendida como una de las bellas artes», *El Mundo*, 13 de marzo de 2002.

la muerte. Y es difícil no imaginar que la tenía presente cuando, tras un primer embate de la enfermedad, se preguntaba: «¿Sobreviene con la muerte la negatividad absoluta y radical? ¿Será cierto lo que afirman quienes hacen decir a la ciencia lo que esta no está en condiciones de afirmar: que nada hay tras la barrera insalvable que comparece al final del trayecto de nuestra existencia en este mundo? ¿Es la muerte un límite que no permite conjeturar nada que lo trascienda? ¿Será verdad que somos lo que somos sólo y en la medida en que nos hallamos cercados y encerrados entre un comienzo en el cual hemos sido arrojados a la vida, y un fin que la cancela de forma definitiva?». ¹

Barcelona, noviembre de 2017

1. «El robo del cadáver», *El Mundo*, 25 de abril de 2007.